



HISTORIA  incógnita

PORTENTOS Y PRODIGIOS DEL SIGLO DE ORO

Maravillas de la naturaleza, lugares insospechados, historias misteriosas, duendes, licántropos, brujas, espectros, monstruos, luces extrañas...

Luciano López Gutiérrez

PORTENTOS
Y
PRODIGIOS
DEL SIGLO DE ORO

Portentos y prodigios del Siglo de Oro

LUCIANO LÓPEZ GUTIÉRREZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Portentos y prodigios del Siglo de Oro
Autor: © Luciano López Gutiérrez

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones
Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-320-2
Fecha de edición: Marzo 2012

La fiebre mágica del Siglo de Oro

Nota del autor

I. DE LA CONCEPCIÓN Y LOS ALUMBRAMIENTOS

Capítulo 1. Del poder de la imaginativa en la gestación

Capítulo 2. De embarazos prodigiosos

Capítulo 3. Sobre la generación espontánea

Capítulo 4. Sobre hombres nacidos de bestias

Capítulo 5. De partos múltiples

Capítulo 6. Sobre hermafroditas, transexuales, homúnculos y androides

Capítulo 7. Instrucciones para engendrar varones cabales

Capítulo 8. Los dobles

Capítulo 9. Sobre la capacidad de generación de los diablos

II. MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

Capítulo 10. Imago Mundi: sobre bestias, plantas y piedras

III. DE VERÍDICAS Y PORTENTOSAS HISTORIAS

Capítulo 11. Del súbito encanecer

Capítulo 12. La contemplación del propio entierro

Capítulo 13. Sobre el doctor Torralba, otros sabios volanderos y el Ícaro de Plasencia

Capítulo 14. Seres que vienen de otros mundos

Capítulo 15. Hombres de luengas vidas

- Capítulo 16. Sobre el Peje Nicolao y otros diestros nadadores
- Capítulo 17. Del poder de la música
- Capítulo 18. La campana de Velilla
- Capítulo 19. La Serrana de la Vera y otras hembras de tronío
- Capítulo 20. Toros devotos de san Marcos
- Capítulo 21. De tesoros ocultos
- Capítulo 22. El extraño caso de Valencia de la Torre
- Capítulo 23. Sobre licantropía
- Capítulo 24. Hombres de sueño pesado
- Capítulo 25. Miradas que matan
- Capítulo 26. Ensalmos, nóminas y saludadores
- Capítulo 27. Sobre la tendencia a la bilocación de las madres concepcionistas
- Capítulo 28. Algunas resurrecciones sonadas: noticias de vampiros
- Capítulo 29. Llueven sapos y culebras
- Capítulo 30. El diablo abre escuela en Salamanca

IV. OTROS LUGARES, OTROS PUEBLOS

- Capítulo 31. Sobre sátiros y otros pueblos salvajes
- Capítulo 32. Los pigmeos y otros pueblos extraños
- Capítulo 33. Las amazonas
- Capítulo 34. El purgatorio de san Patricio
- Capítulo 35. Pueblos de difícil acceso
- Capítulo 36. El Dorado y otros ricos reinos de las Indias
- Capítulo 37. Sobre los hombres de las regiones septentrionales

V. LOS EMBAJADORES DE SATÁN

Capítulo 38. De duendes o trasgos

Capítulo 39. Los espíritus familiares

Capítulo 40 .Historias de brujas

Capítulo 41. Endemoniados y exorcistas

VI. DE PRESAGIOS, MONSTRUOS Y AGÜEROS

Capítulo 42. Avisos y vaticinios

Bibliografía

La fiebre mágica del Siglo de Oro

El llamado Siglo de Oro fue un período enfebrecido en la historia de una España que en la segunda mitad del siglo XVI y, sobre todo, durante buena parte del siglo XVII, anduvo tan doliente en lo político y en lo militar como deslumbrante en lo creativo y artístico. Ambos fenómenos han ido muchas veces de la mano, y no han sido pocas las civilizaciones que han vivido sumidas en crisis político-militares de gigantesco calado, mientras por sus rotas costuras asomaban llamaradas del más asombroso genio individual. El cual suele preferir, a lo que parece, la tribulación a las comodidades. Ahora bien: es posible que ninguna de entre todas las sociedades en crisis que tenemos documentadas fuese tan radical en el abrazo de ambos extremos, el de la decadencia y el del genio, como lo fue la España de aquellos años.

Una nación que, en lo militar, en lo político, en lo institucional, se desmoronaba. Y no en términos figurados ni alegóricos: en 1700, a la muerte del Barroco y del último rey Habsburgo, Carlos II *El Hechizado*, de apodo bien sintomático, la gangrena que llevaba mucho tiempo avanzando por los órganos del cuerpo enfermo de la nación se enseñoreó por completo de él. El colapso de las instituciones dejó el país no en el aire, sino en algo peor: en una cruentísima y larguísima Guerra de Sucesión, en la que España cumplió el triste papel de cadáver disputado, sin contemplación ninguna, por los buitres franceses y por los buitres austriacos. Imposible cerrar toda una época

(pretendidamente gloriosa) en peor estado de postración. Y con expectativas tan lamentables, porque pasar de las manos de los Habsburgo a las de los Borbones tampoco equivalió a recibir ningún premio gordo de la lotería.

Las bases de aquella continuada catástrofe habían sido concienzudamente diseñadas y cimentadas en el anterior siglo XVI, cuando dos monarcas (Carlos I y Felipe II) de una dinastía extranjera (los Habsburgo austriacos) que consideró el antiguo país de los españoles como un regalo que Dios había puesto providencialmente en sus exclusivas manos, exterminaron primero los intentos y pretensiones de algunas oligarquías e hidalguías españolas (la de las Comunidades de Castilla, por ejemplo) de que se respetasen más las viejas instituciones solariegas y de que prestasen un poco más de atención a los asuntos y a los problemas internos del país, y se lanzaron a la construcción de un desmesurado imperio transcontinental, sustentado sobre los hombros y alimentado por la sangre de sus soldados españoles y de las víctimas que iban dejando a su paso: nunca fue un Habsburgo víctima sacrificial de aquella descomunal sangría, desde luego. Un imperio que, en definitiva, nació con los pies de barro, que era imposible que se sostuviese mucho tiempo, y cuyas cuentas pendientes y platos rotos hubimos de pagar después muchísimas generaciones de españoles.

En aquel escenario, que nunca dejó de estar amenazado por la ruina que puso el cartel de 'liquidación total' en 1700, vio la luz (anunciados por la corrosiva *Celestina* que les abrió el camino a todos ellos) el *Lazarillo de Tormes* con sus criados hambrientos y sus clérigos corruptos; la lírica que algunos creen mística y otros erótica de Juan de la Cruz; las músicas llenas de espiritual abstracción de Cabezón o Victoria; el ambiguo e inclasificable *Quijote*; las comedias de enredos amorosos de clérigos que escribían en loor de Dios en los ratos en que no andaban metidos entre

faldas femeninas, como Lope, Tirso o Calderón; los entremeses teatrales por los que se paseaban alcaldes ceporros, sacristanes rijosos y soldados gorriones; los bufones de Velázquez, de mirada más inteligente y humana que la de los Habsburgo que el mismo pintor (con mayor desgana) retrató; los niños mendigos y piojosos de Murillo; o las *naturalezas muertas* que han quedado como imagen fija de una sociedad que estaba partida entre el ensimismamiento y la paradoja. Y tantas y tantas obras de arte y artistas más, víctimas (como el resto de nuestros sufridos antepasados) de una sinrazón de estado puesta al servicio sólo de sí misma, que se apretaron en aquellos años de lento hundimiento del buque patrio en mayor y mejor concentración que los que ha habido en ningún otro período de la historia de España. Dando, de paso, a su país, con sus fábulas desordenadamente barrocas y sus retratos sarcásticos o tiernos de la locura o de la miseria, mucha más gloria, y mucho más perdurable, que la que le dio jamás ningún rey, ningún clérigo regente ni ningún valido.

Pero, siendo colosal la dosis y el tamaño de todas las paradojas que adornan nuestra barroca simbiosis de decadencia y genialidad, hubo otra que atravesó de manera aún más lacerante aquella época, y que nos acerca todavía más a la materia de que está hecha este libro: la tensión entre religión y magia que alumbró, o quizás oscureció, o por lo menos dejó sumido en irregular penumbra, todo el paisaje interior de aquellos siglos.

El precioso y documentadísimo libro que nos regala ahora Luciano López Gutiérrez nos desvela no pocas interioridades de una España que era mágica por dentro y religiosa sólo en la superficie. Impregnada hasta los puros huesos, de la cabeza a los pies, por un elenco profusísimo y disparatado de supersticiones, creencias en agüeros, monstruos, engendros y prodigios que articulaban, más que ningún otro factor, la vida social y cultural, la ideología de

todas las clases e individuos (desde el rey hasta su último súbdito) del país, la conciencia del presente y del porvenir, de la enfermedad y la salud, de la vida y la muerte.

Ya que, en cuanto nos alejamos un poco de los lugares más comunes y de las historiografías más protocolarias y vemos meter el punzón, con la agudeza con que lo hace este libro, en el imaginario colectivo de la época, lo que descubrimos es que la religión reinaba pero no gobernaba, que era la esposa oficial pero no la amante del día a día del país. Que funcionaba como el ropaje externo y no como el alma ni el corazón internos de aquella época. Porque muchos de los inquisidores que aterrorizaron a una generación tras otra de españoles con sus fantasías hechiceriles eran tan supersticiosos o más, y tenían el pensamiento mágico más interiorizado que sus desdichadas víctimas. Porque las reliquias que se compraban, se vendían, se robaban, se disputaban, se comían, se exhibían o se adoraban no eran más que despojos degradados de la más estrafalaria superstición. O porque los palacios reales por los que se movían como peces en el agua exorcistas, adivinos, ensalmadores, zahoríes, saludadores o avisadores eran caldos de cultivo de la magia más concentrada y organizada que hubo en la época, por más que todos sus oficiantes activos y pasivos (desde el clérigo de turno hasta el rey enfermo mental correspondiente) empezasen el día oyendo misa.

Los monstruos, los licántropos, los duendes, las campanas mágicas (aunque fuesen de iglesia) que Luciano López Gutiérrez demuestra en este libro que transitaban por el imaginario cotidiano de los sujetos de los siglos XVI y XVII, a todas las horas del día y de la noche, ponen muchas cuestiones en cuestión (valga la redundancia). Y lo hacen desde el interior cotidiano del pensamiento barroco, desde el centro mismo de su modo de sentir y de asomarse al mundo día tras día, no desde los anales interesados de las

grandes efemérides ni desde las alturas artificiales de las dinastías gobernantes. Ni tampoco desde las enciclopedias o los *best-sellers* historiográficos más convencionales de hoy mismo, que historian desde arriba más que desde abajo, que biografían al rey pero no al pueblo que lo sostenía, que llenan los estantes de las librerías de biografías de Isabel I, Carlos I o Felipe II y se detienen con incomodidad al llegar a Felipe III, Felipe IV o Carlos II, que no fueron más que los lodos menos presentables de aquellos anteriores polvos.

Libros como este que tiene el lector en sus manos ofrecen una atalaya muy distinta, y también muy necesaria, para contemplar de manera más centrada aquella sociedad y aquella época. Para certificar que la voz del Barroco español no fue la de la monodía imperial y católica oficial, sino la de la polifonía mágica y anárquica que se desbordaba informalmente hacia todas partes, incluidos los palacios y las iglesias. Que lo que hubo, pese a los esfuerzos que se hicieron en sentido contrario, fue un carnaval enfebrecido mucho más que la prevista cuaresma tridentina, un desorden mísero pero maravilloso (a veces genial) que se salía a borbotones por los boquetes abiertos del orden. Libros como este sirven para recordarnos que hay otra historia mental, social y cultural de España, la del prodigio comúnmente aceptado, la de la superstición cotidiana, la del caso maravilloso rumoreado, la de la convivencia asombrada con el fantasma o con el duende casero, la de las ideas y temores que unos y otros, todos (hasta los que se declaraban desterradores de aquellas supercherías) compartían. Una mitología, en definitiva, muy alejada y mucho más sincera, creativa e inocua que la de la Monarquía Católica que sometía a su yugo feliz y redentor a las demás naciones, o la de los reyes ascetas que habían sido sátiros hasta que su biología les había dicho 'basta', o la del Imperio en el que no se ponía el Sol

(ni mucho menos las sombras), o la de la Cruz y la Espada, simbiosis moralmente imposible que tantas víctimas dejó entre los nuestros y entre los demás.

De este registro de magias comunes y de prodigios cotidianos y desmesuradamente barrocos se nutrieron no pocas páginas de Cervantes, de Lope, Quevedo o Calderón, quienes muchas veces los asumieron como propios y otras veces los censuraron como hiperbólicos. Se fraguó así una alianza estrechísima (aun cuando muchas veces irónica) entre cultura oral del pueblo y cultura de los ingenios mayores de nuestras letras de la que emergió el más esplendoroso de los Barrocos: una época y un arte liminales, conflictivos, paradójicos, en que la metáfora fue disfraz de la crítica social y política, en que el pesimismo hubo de vestirse de carnaval para hacer la miseria (de los más) más soportable, en que la magia tomó el papel rector de la cultura común e intérprete de lo que pasaba en la ancha cotidianidad del mundo.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Nota del autor

Este libro pretende ser una amena aproximación a lo que pensaban sobre lo natural y lo sobrenatural las gentes de los Siglos de Oro.

Evidentemente, ambos conceptos no coinciden con los que tiene el hombre actual, pues nuestros antepasados auriseculares creían, por ejemplo, sin pestañear, que la imaginación de la madre durante el embarazo podía tener tal influjo sobre el feto, que era capaz de cambiar la pigmentación de su piel, que se daban transformaciones espontáneas de sexo, que era posible que nacieran potros velocísimos al ser las yeguas de la Bética fecundadas por el viento, que había monstruos que surgían de la putrefacción, o individuos con tamaña fuerza en la mirada, que eran capaces de fulminar a una gallina con sólo echarle un vistazo con un mínimo de concentración.

Además, consideraban muy permeable la delgada frontera que separaba el alma del cuerpo, el más acá del más allá, por lo que los espacios más cotidianos eran habitualmente invadidos por trasgos, espectros, demonios y ánimas en pena, de ahí que constantemente hubiera que apelar al amparo de la Corte Celestial, que, por otra parte, era bastante inclinada a enviar sus heraldos en forma de prodigios y portentos.

Ahora bien, además de acercar a los lectores, a través de los capítulos que conforman el libro, a este tipo de mentalidad, en todo momento se ha pretendido vincular

esta visión del mundo, propia del XVI y XVII, a supersticiones, obras literarias y leyendas posteriores, desde el siglo XVIII hasta la actualidad, porque esta mentalidad no se agota en la época que nos ocupa, sino que, como se comprobará en las páginas que siguen, tiene claras reminiscencias en la cultura tradicional de nuestros días.

Se ha tenido especial cuidado en que la lectura de esta compendiosa miscelánea del siglo XXI sea entretenida, sin renunciar, no obstante, ni un ápice, al rigor, de tal forma que se intenta sumergir al lector contemporáneo en el mundo de la Edad de Oro reduciendo al mínimo las digresiones meramente teóricas y engastando en el cuerpo del texto un nutrido número de casos, anécdotas y sucesos, de modo y manera que el libro también puede ser considerado como una colección de maravillas, y de verídicas y portentosas historias de los siglos XVI y XVII.

La escritura de estas páginas no hubiera sido posible sin el apoyo y ánimo que me ha prodigado mi familia (Araceli, Oriana y Rodrigo), así como algunos amigos, en especial, Salvador Campoy, Fonso Salán, Ángel Gómez Moreno, Luis Martínez, y, por supuesto, mis alumnos del Instituto Iturralde.

Asimismo, debo agradecer a los profesores Rafael Bonilla Cerezo y, sobre todo, a José Manuel Pedrosa, las referencias bibliográficas que me han aportado, así como sus consejos y sugerencias, que tanto han contribuido a enriquecer el contenido de esta obra que tienes en tus manos. También me gustaría tener un cariñoso recuerdo para mi profesor Domingo Ynduráin que fue el primero que me introdujo en estos vericuetos de misceláneas, silvas y poliantes. VALE.

I.
DE LA CONCEPCIÓN Y
LOS
ALUMBRAMIENTOS

Capítulo 1.

Del poder de la imaginativa en la gestación

Los intelectuales de los Siglos de Oro, siguiendo a los filósofos antiguos, pensaban que la imaginativa, o imaginación, era la parte integrante del ánima encargada de acoger los datos que le suministraban los sentidos:

Así como en las funciones de nutrición reconocemos que hay órganos para recibir los alimentos, para contenerlos, elaborarlos y para distribuirlos y aplicarlos, así también en el alma, tanto del hombre como de los animales, existe una facultad que consiste en recibir las imágenes impresas en los sentidos, y que por eso se llama imaginativa.

De anima et vita, I, X

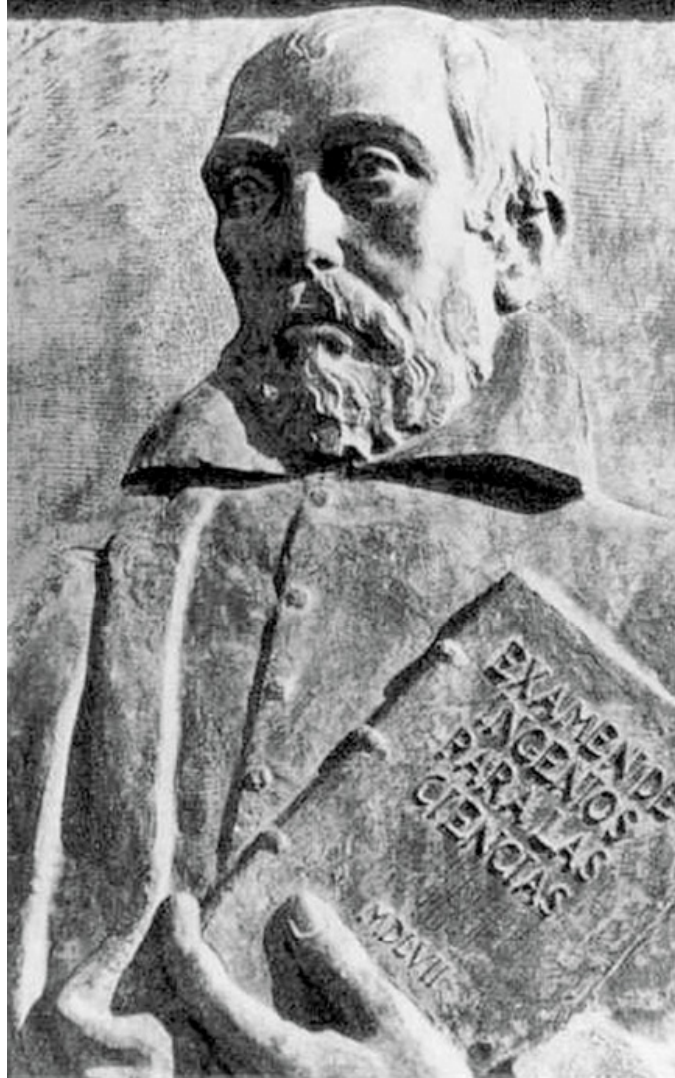
Juan Luis VIVES

Ahora bien, esta facultad no solamente era considerada como una potencia pasiva, que se limitaba a recibir los datos sensoriales, sino que también se le reconocía una faceta creadora, como se puede comprobar con la lectura de la glosa que hace Fernando de Herrera al verso 6 del soneto III de Garcilaso en sus memorables *Anotaciones*:

Son tres las facultades interiores del ánima, que Galeno llama regidoras, dejando el entendimiento, que el médico lo considera poco: la memoria, la razón y la fuerza de imaginar, que es la fantasía, común a todos los animados, pero mucho mayor y más distinta en el hombre [...] Y por esta se representan de tal suerte en el ánimo las imágenes de las cosas ausentes que nos parece que las vemos con los ojos y las tenemos

presentes, y podemos fingir y formar en el ánimo verdaderas y falsas imágenes a nuestra voluntad y arbitrio.

Asimismo, se pensaba que no todos los hombres tenían idéntica habilidad para el manejo de la susodicha capacidad, pues la destreza en el uso de la misma dependía de la proporción que reinara en la mezcla de los fluidos corporales o humores: sangre, cólera, bilis y flema, según señalaba un médico español del siglo XVI, Huarte de San Juan, que incluso ha llamado la atención de Noam Chomsky, el fundador de la Gramática Generativa, al relanzar en esta época la vieja teoría fisiológica clásica, con raíces en Aristóteles, Galeno e Hipócrates, según la cual el temperamento de los individuos dependía de la proporción de los cuatro humores referidos, que se asociaban con los cuatro elementos de Empédocles y con las cuatro cualidades que correspondían a estos: el calor, el frío, la sequedad y la humedad.



El médico español Huarte de San Juan ejerció un enorme influjo en la mentalidad de la época, con su libro *Examen de ingenios para las ciencias*.

Pues bien, los hombres en los que imperaba la imaginativa eran especialmente diestros en disciplinas que, a decir del citado Huarte, consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción:

Las artes y ciencias que se alcanzan con la memoria son las siguientes: gramática, latín y cualquier otra lengua; la teórica de la jurisprudencia; teología positiva; cosmología y aritmética.

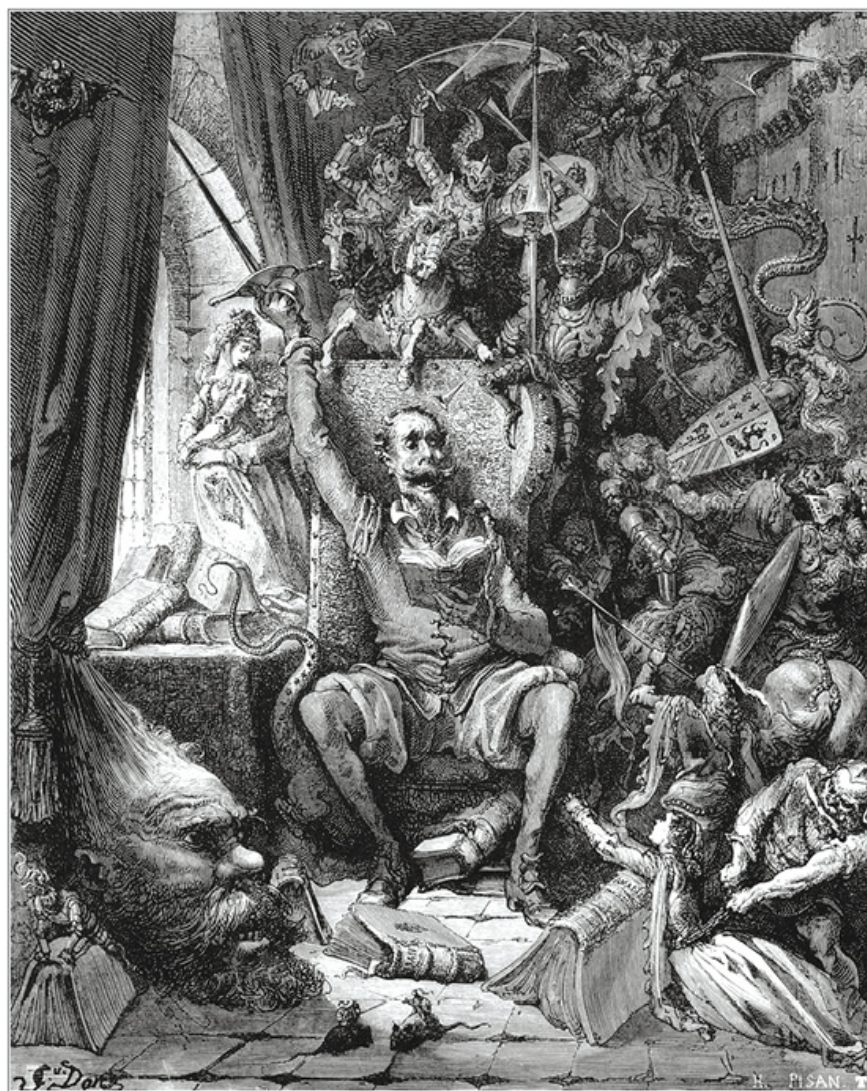
Las que pertenecen al entendimiento son: la teórica de la medicina; la dialéctica; la filosofía natural y moral; la práctica de la jurisprudencia, que llaman abogacía.

De la buena imaginativa nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción. Estas son: poesía, elocuencia, música, saber predicar; la práctica de la medicina, matemáticas, astrología; gobernar una República; el arte militar; pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, pulido, agudo *in agilibus*; y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artífices; y también una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas.

Ahora bien, el carácter creativo que tenía la imaginativa, su capacidad para elaborar mundos posibles enfrentados al real, podía provocar que los individuos inclinados a ella tuvieran cierta propensión a enloquecer y a confundir la realidad con la ficción, sobre todo si había en su organismo un predominio exagerado del calor que no hubiera sido contrarrestado convenientemente por la humedad. Un ejemplo bien claro de tal circunstancia lo tenemos en lo que aconteció al ya famoso Caballero de la Triste Figura que, por pasarse las noches de claro en claro engolosinado en la lectura de las singulares hazañas de Palmerines y Amadises, al no recibir su cerebro la humedad reparadora que nos proporciona el sueño, dio en la locura de confundir socarrones y ventrudos venteros con defensores de la benefactora Orden de la Caballería, mozas de partido con encantadoras princesas y humildes molinos con desafortunados gigantes¹.

Otra circunstancia que puede desquiciar la imaginativa es el calor excesivo producido por la fiebre, lo que también provoca que tomemos por reales cosas que no lo son. Así, de esta manera, como disloque de la imaginativa, interpreta el padre Feijoo una famosa historia de aparecidos que recoge en su renombrado libro *Días geniales* el humanista Alejandro de Alejandro: un hombre que se encuentra gravemente enfermo le pide a un amigo que le lleve a tomar unos baños a otra ciudad para procurar un poco de alivio a su calamitoso estado. Durante el camino tienen que pernoctar en una posada, el enfermo

empeora y, a la postre, fallece. El acompañante, tras organizar las exequias, regresa a la ciudad de origen, pero se ve obligado a hacer noche en un albergue antes de llegar. Cuando se encuentra recluido en su aposento, observa estupefacto que su difunto amigo se persona en la alcoba, se despoja de sus vestidos, se mete en el lecho, y le toca con su pie desnudo y más que la nieve frío, momento en el cual le empuja hacia fuera de la cama, lo que provoca que el difunto, contrariado, vuelva a vestirse y abandone la habitación, cosa que no impide que su fiel amigo, como consecuencia del pánico, esté a pique de perder la vida².



Grabado de Gustavo Doré. Don Quijote es un claro ejemplo del trastorno de la imaginativa.

Asimismo, la imaginativa puede ser alterada por el uso de determinados ungüentos, lo que, según algunos inquisidores, sucede a las brujas cuando afirman ser ciertos sus viajes por los aires para asistir a los orgiásticos aquelarres presididos por el propio Satán en figura de macho cabrío³.

Y, por supuesto, desarrolla una actividad, en ocasiones de una gran eficacia, durante el período del sueño, según se desprende de la siguiente cita de la difundida obra del maestro Pedro Ciruelo *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*:

De aquí viene que los que andan muy codiciosos en mercaderías o en pleitos o en cuestiones muy dificultosas de ciencias, algunas veces en sueños aciertan mejor en ver lo que deben hacer y en qué se han de determinar en sus cosas, que cuando velan y se fatigan en pensar mucho en ellas. La causa es que durmiendo está la fantasía del hombre más desocupada que velando, cuando tiene los sentidos abiertos y se le ofrecen y atraviesan muchas maneras de cosas, que unas estorban a otras.

Sin embargo, también se creía en esta época que la fuerza de la imaginativa era tal, que, en no pocas veces, podía modificar la realidad circundante, y, por supuesto, la de la persona o animal que imaginaba. Así, enarbolando la autoridad de Aristóteles en su *Historia de los animales*, se ratifica como verídico que la gallina que vence a un gallo en una pelea se considera tan ufana que alza la cresta y la cola, y, por imaginarse que es gallo, le crecen los espolones y se afana en montar a las otras gallinas⁴, o que, a causa de la fuerza de la imaginación, las perdices nivales logran que cambie el color de su plumaje y se recubra de albura, o que un gato consigue que un pájaro se desplome de la copa de un árbol y caiga presa de sus garras por haberlo deseado el felino con intensidad⁵.

O se da por cierto, al menos así parece creerlo Pero Mexía, que un rey llamado Cipus observó una tarde con tal curiosidad una pelea entre dos toros, que se durmió con esa obsesión bien arraigada en la imaginativa, de modo y manera que esta le fabricó durante el sueño una hermosa cornamenta que, para su sorpresa, adornaba su frente por la mañana⁶. O se sugiere, así lo hace Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*, que una mujer en pleno siglo XVI se convirtió en varón, porque, harta de sufrir las vejaciones de su esposo, decidió huir del hogar conyugal disfrazada de hombre y ganarse la vida por su propio esfuerzo a la manera del sexo masculino, por lo que, probablemente, como consecuencia de la continua excitación que experimentaba su imaginativa, al ir vestida en hábito de caballero y haber adquirido sus costumbres, se operó en ella la mencionada metamorfosis.

I A R D I N
D E F L O R E S
curiosas, en q̄ se tratã

algunas materias de humanidad, philo-
sophia, theologia, y geographia, con
otras cosas curiosas, y apazibles. Cõ-
puesto por Antonio de Tor-
quemada.

DIRIGIDO AL MVY ILLVSTRE
y Reuerendissimo señor don Diego Sarmien-
to de Soto Mayor, Obispo de Astor-
ga, &c.

Va hecho en seys tratados, como parece en
la sexta página de esta obra.

· E N S A L A M A N C A ·
En casa de Iuan Baptista de Terranova.
M. D. L X X.

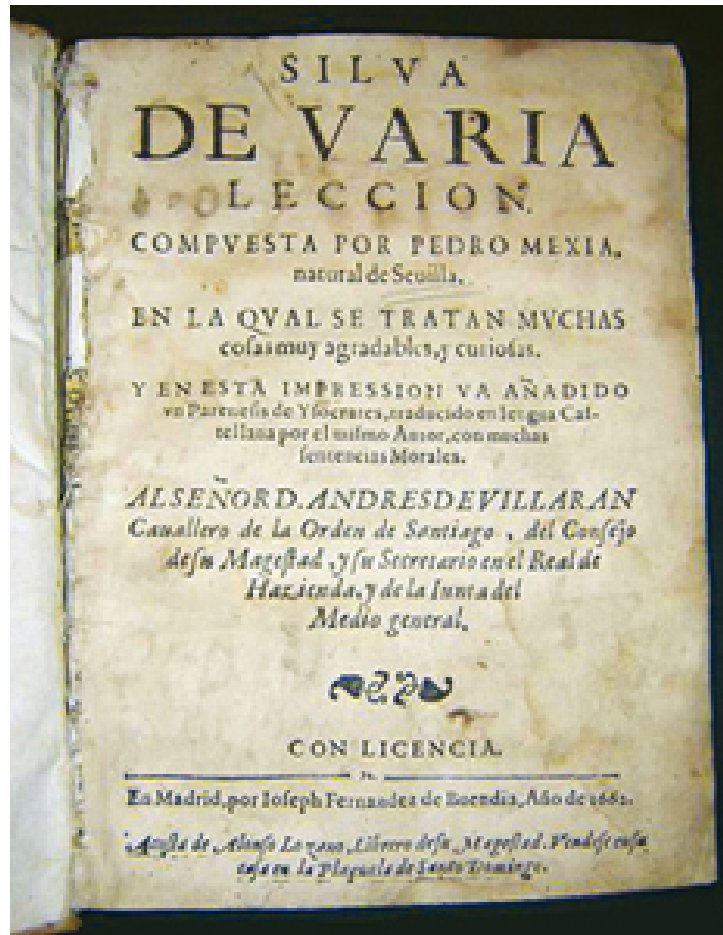
CON PRIVILEGIO.

Esta gallado en dos reales y medio.

El *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada es una excelente recolección de historias asombrosas y maravillas de la naturaleza.

Y en esta misma línea, disponemos de un texto de los *Ensayos* de Montaigne, donde se nos cuenta otro caso de cambio de sexo en virtud de la potencia de la imaginativa:

Estando en Vitry pude ver a un hombre a quien el obispo de Soissons había confirmado con el nombre de Germán y a quien todos los habitantes habían conocido mujer hasta los veintidós años, llevando el nombre de María. Era a la sazón barbudo, viejo y soltero. Contábase que, haciendo un esfuerzo al saltar, aparecióronle las partes viriles. Desde entonces corre entre las muchachas de Vitry una canción donde se les aconseja no dar grandes saltos, por no convertirse en mozos como María Germán. No es de maravillar que tales accidentes ocurran con frecuencia, pues a la imaginación, si tiene poder en estas cosas y si continua e intensamente se aplica a un pensamiento, cábele (por no recaer tan a menudo en el pensamiento mismo y riguroso deseo), incorporar en definitiva esa parte viril a las muchachas.



La *Silva de varia lección* de Pero Mexía fue la enciclopedia de mayor éxito editorial en el Siglo de Oro.

Aunque ninguno de estos casos, con ser tan espectaculares, reviste la espectacularidad del que se cuenta en una leyenda hindú, en que se asegura que un rey logró hacer surgir de la nada un lujoso palacio de mármol de laberínticos corredores, ricos aposentos, almenadas torres y umbríos y silenciosos patios habitados por el rumor de las fuentes gracias a imaginarlo noche tras noche en sus sueños durante siete años.

Pero, volviendo a la época que nos ocupa, para las gentes de nuestros Siglos de Oro, el momento en que la imaginativa se desboca desafortunadamente y puede jugarnos las mayores trastadas es en el momento de la concepción y de la gestación, ya que se consideraba que en esta

coyuntura, debido a la gran magnificación de los afectos que conlleva, especialmente la imaginación de la madre tenía tanta fuerza que podía provocar determinados efectos físicos en el nuevo ser, todavía tierno, que estaba siendo engendrado, según afirman los autores de silvas y misceláneas.

Así, Torquemada, en su difundidísimo libro *Jardín de flores curiosas*, recoge algunos testimonios de este portentoso poder de la imaginativa que me resisto a pasar por alto. Por ejemplo, el citado humanista, apoyándose en Plutarco, nos relata la historia de un matrimonio de raza blanca que engendra un hijo negro, porque la mujer en el momento del acoplamiento tenía clavados los ojos en la figura de un etíope que estaba representado en un tapiz del tálamo nupcial⁷.

Y, en este mismo sentido, nos cuenta como verídico el caso de otro matrimonio que concibió un retoño velludo, con aspecto de salvaje, porque la esposa posó su mirada en el momento de la generación en una figura de san Juan Bautista cubierto de pieles que había junto a la cama. Aunque quizás todavía es más prodigioso otro sucedido recogido por el bueno de don Antonio como acontecido en una ciudad de Alemania: un actor representaba en una comedia el papel del Demonio e iba vestido con los aderezos e insignias feas y espantables inherentes a tan abominable personaje. Volvió a su casa sin haberse despojado del traje de comediante y le apeteció, ¿tal vez impelido a lujuria por el propio Lucifer?, copular con su mujer, a consecuencia de lo cual, debido a la impresión que produjo en la imaginativa de esta última su disfraz diabólico, hubieron un engendro de apariencia y costumbres luciferinas.

Y en esta misma línea, también corría la especie, según Huarte de San Juan, de que si una mujer practicaba el

adulterio en su matrimonio, los hijos que habían sido engendrados por el adúltero se parecían al marido por la preocupación que asaltaba a los amantes en el fornicio no fueran a ser sorprendidos por el esposo burlado, mientras que los retoños que se asemejaban al adúltero eran consecuencia del legítimo uso del matrimonio, ya que la imaginación de la esposa en el acto carnal se concentraba en el hombre de sus sueños⁸.

Asimismo, este desquiciamiento de la imaginativa en el momento de la procreación, según la mentalidad de la época, explica también, entre otras cosas, la concepción de seres monstruosos, como nos recuerda uno de los máximos especialistas en la materia del siglo XVI, el médico francés Ambroise Paré, al relatarnos un caso acaecido en el año 1517, en la parroquia de Bois-le-Roy, en el bosque de Viere y de camino hacia Fontainebleau, donde nació un niño con la cara en todo idéntica a la de una rana, lo cual se entendió perfectamente cuando se descubrió que la tarde en que fue concebido su madre tenía mucha fiebre, por lo que una vecina le dio una rana viva para que la tuviera en su mano, con objeto de que descendiera su temperatura corporal, pero, con tan mala suerte que tuvo relaciones sexuales ese mismo día con su marido, y su imaginativa, excitada por el batracio retenido en su mano, preparó tamaño desaguizado con el rostro de su retoño⁹.

Por lo que respecta al siglo XVII, la convicción en el poder que tenía la imaginativa de la madre para manipular la configuración o pigmentación de la piel del feto no experimenta merma alguna, hasta tal punto que en una de las interpolaciones que Remigio Noydens hace al diccionario de Covarrubias en su edición de 1673 se lee lo siguiente en la voz *imaginativa*:

Tratando Avicena, lib. 2, de las imaginaciones animales dice que hacen tanta mudanza en las cosas naturales que acontece que la criatura sea

semejante a la cosa misma que la madre estaba imaginando al tiempo de concebir. Lo cual prueba también san Agustín, lib. 2, *De civitate Dei*, diciendo que una mujer blanca, concibiendo de hombre blanco, vino a parir un negro, porque al tiempo de concebir tenía la imaginación y vista en la figura de un negro que en un paño de pared estaba pintada y que la criatura le parecía propiamente.

Y en obras, por ejemplo, como *El ente dilucidado* del padre Fuentelapeña, o *Curiosa filosofía y tesoro de las maravillas de la Naturaleza* del padre Eusebio Nieremberg se nos dan por verídicos muchos de los casos recopilados en las misceláneas del siglo XVI, a la vez que se nos presenta algunos todavía, si cabe, más asombrosos, si bien la explicación que se da de los mismos difiere en ambos autores, pues, mientras el primero acude a conceptos como «espíritus» y «humores» de pretensiones «científicas», el segundo continúa moviéndose como pez en el agua dentro de la mentalidad mágica característica del XVI¹⁰.



Según el médico francés Ambroise Paré, un niño nació con cara de rana por influjo de la imaginación materna en el momento de la concepción.

Pero, como ya indiqué, los dos autores se muestran absolutamente receptivos para la aceptación de lo portentoso. Así, ambos escritores recogen en sus libros citados el caso de una mujer embarazada a la que, como tenía un vientre muy voluminoso y salía de cuentas para la Epifanía, alguien le hizo el comentario de que parecía que iba a dar a luz a los tres Reyes Magos, a lo que ella respondió que *ojalá así fuese*, con tanta oportunidad que su supuesto deseo se cumplió y el 6 de enero alumbró tres niños, uno de ellos, por supuesto, negro.

Asimismo, ambos autores recogen otro caso de influjo de la imaginativa de la madre en el feto que nos deja

estupefactos: en Lovaina un marido airado amenazó a su mujer embarazada con la espada desenvainada en alto apuntando a su cabeza, de modo y manera que la imaginación de la mujer quedó sobrecogida hasta tal punto con la amenaza, que el niño nació con una gran hendidura en la testa, justamente en la misma parte hacia la que apuntaba en la madre la espada paterna, y vertía tanta sangre por ella que, no pudiéndose cortar la hemorragia, el pequeño murió desangrado.

Y el pintoresco capuchino zamorano Fuentelapeña también da cuenta, además, de lo que sucedió a una sobrina del pontífice Nicolao III, la cual parió un oso por haber estado mucho tiempo contemplando embelesada algunos cuadros de plantígrados que adornaban su palacio, y, asimismo, nos transmite curiosos partos que, por mor de la imaginativa, han tenido muchos animales como una perra que parió un cachorro con cabeza de gavilán por el espanto que le provocaba esta rapaz, o una oveja que parió un león u otra un lobo debido al pavor que les producían tan feroces depredadores¹¹.

Asimismo, una prueba más del crédito que se daba en estos siglos dorados al influjo que ejercía la imaginación sobre el feto es la creencia en los antojos, consistente en temer que el *nasciturus* podía morir o tener que soportar una mancha sobre su piel para el resto de sus días que reprodujera el objeto, generalmente un alimento, que la madre no había podido conseguir y que, por lo tanto, había provocado una excitación desmedida en su imaginativa, lo que ocasionaba los desvelos de los maridos, y las gentes en general, para evitar estas desgracias satisfaciendo los caprichos de las embarazadas, las exigencias dictadas por su estado de preñez, y a fe que nuestras damas auriseculares debían de ser en extremo veleidosas y apegadas a sus melindres si damos crédito al testimonio de Madame D'Aulnoy: